



Cargos n. 27

M







# SERMON

DE

**HACIMIENTO DE GRACIAS POR EL NACIMIENTO**

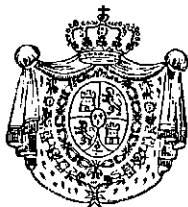
DEL AUGUSTO PRINCIPE

## **ALFONSO DE BORBON,**

PREDICADO A SS. MM. Y AA. REALES

en la funcion solemne que celebraron el dia 25 de enero de este año, en el Convento de Religiosas Concepcionistas de Nuestra Señora del Olvido en San Pascual de Aranjuez.

**POR DON MANUEL MARIA OCHAGAVIA,**  
**Predicador de S. M.**



**MADRID.**

POR D. EUSEBIO AGUADO, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

—  
1858.

*C. 19672 - Octubre 3.*





# A S. M. LA REINA.

---

Señora:

**S**I FUE indecible mi satisfaccion cuando me vi encargado de pronunciar la oracion de nacimiento de gracias por el nacimiento de vuestro Augusto hijo el Principe de Asturias **Alfonso de Borbon**, en la funcion que V. M. habia de celebrar en honor de la Sma. Virgen del Olvido, Triunfo y Misericordia, que veneran las Religiosas de este convento; no fue menor mi gozo cuando pude observar que V. M. la escuchó con su acostumbrada benevolencia. Empero nunca crei que mereciera los honores de ver la luz pública.

*V. M. así lo ha dispuesto: toda la gloria que de ello resulte es vuestra. Los que la lean, acaso eleven al cielo sus fervientes votos por que Dios conceda á V. M. los dias de vida necesarios para hacer la felicidad de esta Monarquía, y la dicha de ver en su Augusto Hijo un Principe tan valiente como Pelayo, y tan heróico y religioso como los once Alfonsos.*

*Esto es lo que desea su mas fiel y humilde servidor.*

**SEÑORA:**

A los R. P. de V. M.,

*Manuel Maria Ochagavía.*

---

*Consolabitur ergo Dominus Sion, et consolabitur omnes ruinas ejus: et ponet desertum ejus quasi delicias: et solitudinem ejus quasi hortum Domini. Gaudium et laetitia inveniatur in ea, gratiarum actio, et vox laudis. (Isai. 51. vv. 3 et 4.)*

**A**L fin, Señora, el corazón respira; y aquellos sollozos que no ha mucho exhalara oprimido entre el vestibulo y el altar, tornado se han en lágrimas de gozo; porque no siempre las lágrimas, esta sangre del alma, triste privilegio del hombre, han de ser el tributo fatal de una maldición hereditaria y la expresión del sufrimiento. También son á las veces una efusión de la más pura alegría. ¡Y cómo, recordando el venturoso día 28 de noviembre de 1857, podré yo saludaros, así como á la nación entera, sino con aquellas palabras del profeta Isaías: el Señor te consolará, ó Sion, y consolará todas tus ruinas, y tu desierto convertirá en delicias, y tu soledad como huerto del Señor? Gozo y alegría se hallarán en ti, acción de gracias y voz de alabanza. Atiende, pueblo mío; óyeme, tribu ó nación mía; porque la ley saldrá de mí, y mi justicia será establecida para luz de los pueblos. ¡O día el más glorioso de los que formen la historia de nuestra España! Yo te saludo

con toda la efusion de mi alma. Si Roma miraba como el dia de su nuevo nacimiento aquel en que se vió libre de la opresion de sus enemigos; si los Persas tuvieron por festivo y sagrado el en que Jerjes restableció su imperio; si los de Siracusa juzgaron igualmente digno de ser celebrado el en que Timoleon salvó al suyo, la España ¿no deberá solemnizar con demostraciones de júbilo y de contento el dia en que aparece de nuevo la aurora de nuestra felicidad? Oh, sí, te diré á nombre de todos los Españoles: *salve, sancta dies, meliorque revertere semper*; tú serás el mejor de nuestros dias.

Bendito seais, Dios de bondad, que en vuestros insondables juicios permitisteis bebiéramos por algun tiempo el caliz de la amargura, para hacer despues mayor nuestro consuelo. ¿Y qué haremos nosotros, Dios Todopoderoso, sino bendecir vuestra liberal mano, cuando así habeis derramado vuestras bendiciones sobre la Augusta Nieta de cien Reyes, que heredera de su corona como de sus escelsas virtudes, hará de la España la mas floreciente y bella de las Monarquías? Si por todo, Señor, os debemos dar gracias, conforme el consejo del Apostol, ¿no se retirará hoy nuestro corazon en vuestra adorable presencia, cuando por vuestros designios admirables vemos en el sagrado Templo á la mas bondadosa de las Reinas, ofreciendo á la que es de los cielos, ese tierno niño, que hará seguramente la gloria y el engrandecimiento de nuestra Patria?

Si, Dios mio: os damos gracias en el templo santo,

porque habeis consolado nuestras ruinas, apartando de nosotros por algun tiempo vuestra paternal clemencia para colmarnos de nuevos y mayores beneficios, y hacer mas visibles vuestras antiguas misericordias. Nuestra voz de alabanza resuena en este sagrado recinto, porque esta Nacion como desierta se convertirá en un campo delicioso con el nacimiento de un Príncipe, que resarcirá la pérdida de otro en quien habíamos fundado nuestras mas lisonjeras esperanzas. Gracias os damos, Dios consolador y benéfico, porque nuestra soledad se convertirá en un huerto de flores con la venida de un Príncipe que hará desaparecer, para no repetirse jamás, aquellas tristes escenas que rasgáran el corazon de los buenos en los primeros dias del reinado de su Augusta Madre. Gracias y voz de alabanza salen de los augustos labios de la magnánima Isabel, porque sobre los grandes y repetidos testimonios de bondad que la habeis dado siempre, llenásteis ahora la medida de sus descos, realizásteis el santo presentimiento que tenia de dar á luz un varon que, embrazando en su mano la espada de la justicia y educado á la sombra de vuestra santa ley, traerá la luz, la paz, y con ella todos los bienes á esta vuestra nacion escojida.

Señora, en ocasion tan solemne, un ministro mas habil podria publicar los maravillosos efectos de aquellas santas bendiciones que recibísteis del Todopoderoso desde el dia mismo en que subísteis á ocupar el sólio de San Fernando, y sobre todo el grande beneficio que á la España ha de resultar de

vuestro feliz alumbramiento. Empero el último de la clase sacerdotal, el inferior de vuestros Predicadores, fuera de que temo ofender la dulce modestia que sabeis prodigiosamente unir á vuestra grandeza y majestad, no tengo rubor en confesar mi incapacidad para hablar de un asunto superior á mis fuerzas, y que mas bien puede espresarse con lágrimas de alborozo que con la elocuencia de la palabra. Trémulo de alegría me regocijaré con vuestra Majestad y con la España entera del extraordinario y singular beneficio que acabamos de recibir con el nacimiento del Augusto Príncipe Alfonso de Borbon, reservado á estos tiempos por la Providencia Divina para perpetuar la prodigiosa cadena de gracias que el cielo ha derramado en todos tiempos sobre la Monarquía Española, considerándolo como un iris de paz y de ventura para este pueblo. escojido de Dios; pero no sin advertir antes que mi pobre discurso será breve y desaliñado: breve, por no distraer demasiado vuestra religiosa atencion; desaliñado, porque, mas que obra de mi entendimiento, será una efusion de la ternura y del gozo que siente mi corazon.

¡Rey de los Reyes! ¡Monarca supremo de todo el universo! Bajo vuestra poderosa mano viene á humillarse la que en vuestros consejos eternos destinásteis para gobernar la España, y entonaros un cántico de gracias por medio de vuestra Purísima Madre, reconociéndose su deudora y favorecida. Para cumplir mi sagrado ministerio é interpretar fielmente

sus sentimientos religiosos, solemnizando como me sea posible un día tan grande y glorioso para todos los Españoles, el día del nacimiento de nuestro Príncipe Alfonso, y considerarlo como el fin de nuestros males y el principio de nuestros bienes, concededme un rayo de vuestra divina luz, por la intercesion de esa Virgen Pura que dió á luz en Belén para rescate del mundo un Príncipe Divino. Dios te salve, Virgen Santa. Escucha nuestra oracion; la misma que un Ángel del Señor te dirigió en aquel momento supremo en que el Verbo divino tomó carne en tus entrañas virginales: AVE MARIA.

*Señora :*

**E**s digno de los honores y del culto de nuestra santa religion el fausto acontecimiento que con V. M. venimos á celebrar en el templo augusto, debido á la piedad de vuestro Bisabuelo el inmortal Carlos III, cuyo nombre resonará siempre glorioso, y cuyos heróicos hechos y virtuosísimas acciones solo puede publicar debidamente su misma fama. La religion sola puede imprimir en el corazon humano esta verdad tan importante para los Principes, que todo es de Dios y para Dios. Por eso en todas las naciones civilizadas, el nacimiento de aquellos que la Providencia destinara para regir y gobernar en su nombre á los pueblos, se celebró con solemne pompa, y puede decirse con verdad que no ha habido uno solo en la tierra que no haya tenido sus fiestas y regocijos públicos santificados por la religion. Todas las historias, y mas que todo los libros santos, confirman esta verdad. Ellos contienen páginas sublimes que describen con grandeza el natalicio de los que vinieron á ocupar el trono de sus mayores, figurando en primer término las solemnidades que con este motivo celebrara Israel en honor del Dios de Sabaot.



Débora, formando coro con las vírgenes de su pueblo, y acompañada de Barác, entonó aquel cántico inspirado que se lee en el libro de los Jueces (c. 5, v. 1), por la victoria que la valiente Jael consiguió contra Sisara, atravesando sus sienes con un clavo: «Oid, Reyes; escuchad Príncipes: Yo soy..... la que cantaré al Señor, y diré una canción al Señor Dios de Israel..... Se han salvado las reliquias del pueblo; el Señor combatió con los valientes. Así perezcan, Señor, todos tus enemigos; y los que te aman, así brillen como resplandece el sol en su oriente: y estuvo la tierra en paz cuarenta años.»

Empero no puede ofrecerse escena mas tierna y sensible para nuestro objeto que la escrita con letras de oro en el libro 4.º de los Reyes. La madre de Samuel, último de los Jueces del pueblo de Dios, con un corazón lleno de amargura viéndose sin sucesión, se fue al templo derramando copiosas lágrimas, é hizo un voto diciendo: «Señor de los ejércitos; si volviendo los ojos mirases la aflicción de tu esclava, y te acordases de mí, y no olvidases á tu criada, y dieses á tu sierva un hijo varón, le consagraré al Señor por todos los días de su vida.» Luego que pasó un año parió á su hijo, y presentándolo en el templo dijo al sacerdote Eli: «Ruégote, Señor mio, por mi alma..... Yo soy aquella mujer que estuvo aquí orando al Señor delante de tí. Por este niño oré, y el Señor me concedió lo que le pedía. Ahora mi corazón salta de gozo en el Señor, y se ha ensalzado mi poder en Dios. No hay santo como el Señor Dios nuestro. El

es el Señor de las ciencias, á él están patentes los pensamientos.» (1 Reg., c. 2.)

¿Qué otro pasage mas bello pudiera ofrecer á V. M. para ensalzar los nobles y piadosos sentimientos que os animaban antes de dar á luz al hijo de vuestras entrañas? Piadosísima cual otra Ana en todas las cosas de religion, y como lo fueron todos vuestros augustos predecesores, la joya mas preciosa que de ellos heredásteis juntamente con el trono fué una cordial devocion á la Reina de los Angeles: é invocándola en su preciosa imagen del Olvido, fiásteis á esta celestial Señora el feliz nacimiento del Príncipe Alfonso, y con él todas las felicidades de España. Nunca podrá borrarse de nuestra memoria aquel dia solemne en que nosotros mismos os vimos inclinada ante su presencia diciendo como la madre de Samuel : Señora, si por vuestra intercesion el ciclo me diese un digno sucesor de tantos reyes católicos como gobernaron esta monarquía, aquí vendré á ofrecéroslo, para que viva siempre bajo vuestra proteccion. Nosotros lo vimos, y animados de los mismos sentimientos enviamos tambien al cielo nuestra humilde plegaria; y no creo os ofendereis cuando os diga que estas vírgenes santas, recorriendo procesionalmente sus sagrados claustros, ofrecian sus tiernas lágrimas á la Virgen del Olvido, y clamaban con sublime acento á semejanza de los antiguos patriarcas: *Utinam disrumperes cælos, et descenderes; Virgen sagrada, haced que se rasguen las nubes, y baje del cielo ese Príncipe que descamos ;* y los sacerdotes clamaban tambien: Os pedimos, Madre nuestra, que el cielo en-

vie al que nos ha de enviar; un Príncipe que nos consuele en nuestras ruinas, convierta este desierto en delicias, y nuestra soledad en huerto del Señor; y nuestros votos se han cumplido: Dios escuchó las oraciones de estas vírgenes y la plegaria de los sacerdotes, y ahora podemos tributar nuestros homenajes de respeto al tierno niño que ha de dar fin á nuestros males, y nos ha de proporcionar todos los bienes.

O Dios, rico en misericordia, qué bueno sois para los que os invocan de corazón! Herís, pero curáis; destruíis cuando quereis, pero cuando os place conservais los reyes como los reinos. En vuestra mano está su vida, y tambien la muerte.

Nuestros suspiros llegan á vuestro trono, cuando quereis ostentar la fuerza de vuestro brazo poderoso. La Nacion española, Señora, apenas repuesta de aquellos desastres que experimentara en los primeros dias de vuestro reinado, tuvo un motivo para regocijarse de nuevo cuando vió venir á aquel malogrado Príncipe, primer fruto de bendicion que el Cielo os concediera, y que á todos nos llenó de consuelo. Empero el gozo que inundaba nuestras almas muy pronto se convirtió en tristeza y amargura. Su muerte abrió una herida profunda en nuestro corazón, viendo os arrancaban de los brazos al que apenas acababa de desprenderse de vuestras entrañas. Mas no hay que recordar el desconuelo que afligiera á sus Augustos Padres y á la España toda. El pueblo español fué testigo de la resignacion cristiana con que se sometieron á las órdenes del cielo, cuando aquella su querida prenda que haria las

delicias del reino, se desvaneció como una sombra. No, en un día en que todo debe ser alegría y contentamiento, no renovemos escenas que llenan el alma de luto.

De tan funesta pérdida resarcíó el Todopoderoso á la católica España con el nacimiento de la tierna princesa María Isabel. ¡Joven princesa! Si el cielo te privó de un hermano, te ha dado otro que puede labrar tu felicidad y la ventura de esta monarquía; porque si bien cesó aquella lucha fratricida que hace humear todavía la sangre derramada en los campos y montañas de Aragon y de Navarra, no deja de presentar un cuadro desconsolador la division de partidos que corroe las entrañas de esta trabajada patria; y ved que el cielo nos proteje de nuevo con el nacimiento de un Príncipe cuyo nombre resonará glorioso por todos los ámbitos de la tierra. Alfonso de Borbon.....

¡Qué nombre!.... Señora, ¿ha sido alguna inspiracion del Cielo la imposicion de este nombre, como fué el presentimiento de que daríais á luz un varon para hacer mejor la felicidad de esta monarquía? Nombre glorioso que nos recuerda aquellos venturosos dias que gozara la España, cuando los pendones de Castilla tremolaban triunfantes sobre los torreones y murallas de Leon, de Zamora y de Toledo. Nombre escelso, que nos trae á la memoria á aquellos valientes guerreros que asombraron al mundo con las memorables batallas de las Navas y del Salado. Nombre que hace latir el corazon de alegría, conmemorando los hechos de aquellos grandes monarcas que afianzaron la paz de esta nacion, derramando su sangre y dando su vida por la

fe y religion de Jesucristo. Nombre que nos recuerda la restauracion de esta monarquía por Pelayo, y los triunfos y las glorias de la augusta casa de Borbon. Nombre que nos asegura un porvenir lleno de paz y de seguridad.

¡O Nacion!.... ¡O España!.... Alégrate. ¿Hasta cuándo habias de vivir infeliz gimiendo en el desconsuelo? ¿Cuándo habias de gozar una paz sin mezcla de temores y de sobresaltos? ¿Cuándo un momento de gozo sin recelos y sin inquietud? Arrogantes y ufanos se ostentaran en los pasados dias tus émulos y enemigos. Te vieron por algun tiempo como sola y desamparada, sin esa sucesion que afianza la tranquilidad y grandeza de los reinos. Recibe ahora en premio de tu constancia y lealtad un príncipe que convertirá tu soledad en huerto del Señor; y corriendo un velo sobre los pasados sucesos, entrégate al gozo mas puro, porque de ese nuevo vástago puedes prometerte la exaltacion de tu antiguo poder y la esperanza de tu felicidad. Alégrate, porque si en ese tiempo has sido una rosa con espinas, una luz con sombras, una alegría con lágrimas, una nave sin áncora, un edificio sin cimientos, un trono sin columnas; si tus glorias se vieron espuestas al mas ligero vaivén, de hoy mas verás asegurado tu imperio, y con él tu mayor gloria. *Exaltatum est cor meum in Deo meo.*

Alégrate, y haz resonar una voz de alabanza; porque con el nacimiento de este Príncipe se establece y perpetua la vida de una corona que eternizará tu dicha y tu ventura, dilatándose de una á otra generacion.

Si para tu reina ha nacido un hijo querido de sus entrañas, un parvulito para consuelo y gozo de los que le enjendraron (*Proverb. c. 23, v. 23*), para ti ha nacido un niño que un día será todo un Rey, consuelo y gozo de un reino católico. *Lætata sum in salutari tuo*. Alégrate, porque si has visto el palacio de tus reyes sin reposo, turbados los ánimos, la ambicion sin rienda, la codicia sin freno, la lealtad olvidada, confundido lo social, político y religioso, ya tienes un Príncipe, que será el alivio en las fatigas de su palacio, el áncora firme de su imperio, el principio de la quietud pública perturbada por las disputas de quién había de ser el sucesor del trono; un escudo contra la opresion, un freno contra la ambicion y la codicia, que ya no se atreverán á romper la cadena de tu lealtad, viéndola continuada por los eslabones de una legítima sucesion. Para un Príncipe, para un Rey, ningun amigo mejor que sus propios hijos, porque siempre se opondrán con mayor celo á los siniestros proyectos de ambiciones estrañas. Su sangre, aunque circule por distintas venas, siempre será la sangre de sus padres; y por una inclinacion íntima les aconsejará lo mas acertado, lo que no hacen el interés ó la soberbia de un valido.

Alégrate, porque los espíritus inquietos y turbulentos vivirán con mas cautela, y las halagüeñas sirenas, que con agradables lábios, con rostro apacible y risueño, con fe de amigos y confederados te han ido despojando de tus tesoros, serán confundidos al ver que la que creian estéril, ya cuenta con hijos; *Nolite multiplicare loqui sublimia, gloriantes*.

Alégrate en fin, porque aquel Dios de quien son los polos de la tierra y sobre ellos asentó el mundo, ha guardado los piés de sus santos, ha devuelto el imperio á tu reina, y ha ensalzado el poder de su trono. *Pedes sanctorum servabit, dabit imperium regi suo. et sublimabit cornu Christi sui.*

Sí, pueblo católico, aquella Providencia amorosa que vela sobre el destino de las naciones, y que nunca desamparó á este reino, pueblo y patria suya, porque solo puede serlo aquella donde se conserva pura la fe, ha querido derramar un saludable bálsamo sobre nuestras profundas heridas, dándonos una prenda de su proteccion y un símbolo de reconciliacion y de paz, fuente inagotable de todos los bienes.

Cuando los habitantes de las montañas de Judea pudieron observar aquellos prodigios que acompañaron al nacimiento del hijo de Zacarias é Isabel, aquellas maravillas que con tan afortunada familia significaban la proteccion visible del Dios de las alturas, se preguntaban admirados: ¿quién pensais va á ser este Niño? (*Luc., c. 1.*) Lo maravilloso y providencial que ha acontecido en el nacimiento de nuestro Príncipe Alfonso, me dan ocasion para hacer la misma pregunta. ¿Quién pensais va á ser para la España el Príncipe Alfonso XII? Un Rey católico que, sentándose sobre un trono de justicia, con una mirada suya disipará todo el mal (*Proverb. c. 20, v. 8*), como Alfonso I. Un Monarca que por su modestia y por la dulzura de sus costumbres, hallará vida, justicia y gloria (*Proverb. c. 21, v. 21*), como Al-

fonso II. Un Rey que por sus obras limpias y rectas alcanzará el nombre de Magno (*Proverb. c. 20, v. 11*) como Alfonso III. Un Príncipe virtuoso que por su humildad y perfeccion cristiana será el modelo de los Reyes (*Proverb. c. 16, v. 19*), como Alfonso IV. Un Rey amado de sus súbditos, porque siempre hallará lo recto (*Proverb. c. 26, v. 13*), como Alfonso V. Un Rey heroico y valiente, que encorvando el arco sobre sus enemigos, le llamarán el Bravo (*Proverb. c. 20, v. 26*), como Alfonso VI. Un Rey que, ciñendo la espada con justicia, enfrenará á los desobedientes, tendrá á raya á los atrevidos, sujetará á los mal contentos, y merecerá el nombre de Batallador por la gloria de sus armas, como Alfonso VII. Un Rey que, siguiendo la luminosa huella de las grandes hazañas y conquistas de sus antecesores, será todo un Emperador, como Alfonso VIII. Un Rey prodigio de valentía y de terror para la Mauritania, la indignacion, y el mensagero de la muerte para los enemigos de la fé (*Proverb. c. 16, v. 14*), como Alfonso IX. Será un Rey que mediante su doctrina henchirá las recámaras de esta Nacion, será fuerte, diestro y robusto, y le apellidarán el Sábio (*Proverb. c. 24, v. 4*), como Alfonso X. Un Rey azote de la infidelidad y gloria de su siglo, que adquirirá honra y prez, mereciendo llevar el nombre de padre de los pobres: porque prez y honra adquirirá el que dones dará, arrebatándose así el alma de los que los reciben (*Proverb. c. 22, v. 9*), como Alfonso el XI.

Todo esto será el nuevo Lamuel, cuando su ma-



dre le instruya no solo en lo que significa su nombre, sino en el camino de la verdad y de la justicia, trayéndonos con su justicia y verdad el principio de nuestros bienes, el don mas precioso é inestimable de todos los dones, que es la paz. *Judicium meum in lucem populorum requiescet.* (*Isaia, c. 5, v. 4.*)

Con el nacimiento del Príncipe Alfonso, la paz tendrá alegre y contento este reino, como lo estuviera Israel cuando fué restituida la quietud á sus ciudades con la muerte del Gigante. La paz traerá la opulencia y las riquezas, como una nave que impelida por los vientos conduce sus tesoros al puerto pacífico y seguro como en tiempo de Salomon, y la plata abundará como las piedras. La paz derramará en este nuestro suelo la fertilidad y grosura de la tierra, porque estando todo en paz se cultivarán los campos, se aumentará el tráfico, la industria y el comercio, renacerá en todos el amor al trabajo, y con el trabajo las clases todas serán felices, como lo fué Jerusalén en tiempo de David. La paz hará que los españoles seamos sociables, amables y benéficos los unos con los otros; se respetará el principio de autoridad; la justicia ejercerá su poder; la inocencia encontrará apoyo en la ley; la religion tendrá como es debido su culto y sus ministros bien asistidos; se olvidarán los agravios; cesarán las venganzas; no habrá calumnias ni murmuraciones; la codicia, la ambicion y el egoismo quedarán sepultados para siempre.

Con el nacimiento del Príncipe Alfonso la paz nos devolverá aquellas nuestras antiguas costumbres,

y con ellas habrá ciencia y virtud en el sacerdocio, como en tiempo de los Santos Arzobispos de Sevilla y de Toledo; rectitud, firmeza y buena administracion, como en el de Cisneros y Florida-Blanca; ilustracion y desinterés en la magistratura, como en el de Campomanes y Jovellanos; valor, integridad y fidelidad en la milicia, como en el de Ruiz Diaz, el Carpio y Fernan Gonzalez; sabiduría, temor de Dios y amor á las letras, como en el de los Luises de Granada y de Leon, de Cervantes, de Feijoo y de Santa Teresa de Jesus.

Con el nacimiento del Príncipe Alfonso resucitará nuestro amortiguado amor á la patria, nuestro antiguo celo por la religion; entonces renovaránse aquellos felices tiempos en que España se hizo temible á los Escipiones y Aníbalas, á Roma y á Cartago.

Nuestra nacion recobrará aquel espíritu guerrero religioso con que pelearon los Pelayos, los Recaredos, los once Alfonsos, los Fernandos é Isabeles, los Felipes y los Cárlos, que mandaron la Europa, dominaron los mares, conquistaron un nuevo mundo, y estendieron por todo el orbe su glorioso imperio.

Con el nacimiento del Príncipe Alfonso la paz nos devolverá nuestras antiguas costumbres, y con ellas volverá á aparecer nuestra olvidada proverbial fidelidad á la monarquía, nuestro decantado amor á los Reyes: y entonces en este Augusto Príncipe veremos un protector de los pueblos, un padre amoroso y solícito del bien de sus hijos; los padres contarán á sus hijos la felicidad que gozaron durante su glorio-

so reinado; estos á sus nietos, y así se formará una cadena de ciudadanos honrados, pacíficos y laboriosos, como fueron nuestros abuelos. La paz en fin nos devolverá nuestras antiguas costumbres, y con ellas se reprimirá la revolucion, la disolucion y el libertinaje; sostendremos el brillo de nuestra fe y religion contra los ataques é insultos de la incredulidad, gérmen funesto de las discordias que se experimentan en este nuestro siglo.

Tan felices resultados podemos prometernos de este Augusto recién nacido, cuyo advenimiento al mundo venimos á celebrar hoy en el templo santo. ¡O Dios! ¡Cómo no cantaros himnos de loor y de gloria por tan inmenso beneficio? ¡Cómo no postrarnos en vuestra divina presencia y adorar vuestra mano poderosa, cuando con este nacimiento vemos el fin de nuestros males y el principio de nuestros bienes? Alfonso de Borbon nace en dias los mas críticos. Los españoles se hallan regidos por el dulce cetro de su Augusta Madre, la mas bondadosa de las Reinas. Los hijos de Iberia, temiendo que la revolucion estienda su negro manto sobre los pueblos, han protestado y protestan en alta voz que no reconocen otro Rey ni otro gobierno que á Isabel y por Isabel; que respetarán la religion católica, primer elemento y necesidad apremiante del orden social.

Alfonso nace de unos padres afables, humanos, compasivos y generosos, que no cesan de estender su mano al pobre que les pide pan, á la viuda que les llora su desgracia, al sacerdote consagrado al culto

divino, al escritor que gasta sus vigili-  
as en confundir los errores y malas doctrinas que infestan la sociedad; mereciéndose así la confianza y estimación de todos, mas que si fueran guerreros y conquistadores. ¡Dios mio! colmad nuestras esperanzas; escuchad nuestros votos, los votos de una nación que es el reino mas puro de la cristiandad, la parte mas floreciente de vuestra Iglesia á través de las convulsiones y crisis espantosas que trabajan á otras naciones.

Hemos invocado á vuestra dulce y Santa Madre bajo el precioso nombre del *Olvido*, del Triunfo y de la Misericordia; y sus oraciones y las nuestras han llegado á vuestro escelso trono. Aceptad el sacrificio solemne que os va á ofrecer uno de los Pontífices de la Iglesia de España: la hostia santa, pura é inmaculada que en la cima del Calvario se inmoló por la salud del género humano; y séaos tan grata como fué en otro tiempo el incienso de Aaron y el pan y el vino de Melquisedec. Haced que este tierno Príncipe sea un Rey tan virtuoso como todos los que empuñaron el cetro de esta monarquía, la gloria de sus religiosos Padres, el áncora de nuestra religion, y el engrandecimiento de nuestra patria: libradle, Señor, de las inicuas asechanzas que la maldad asesta contra la vida de los Príncipes; para que haga de este pueblo una generacion santa, un pueblo escogido, que despues de haberos servido en la tierra, se corone de gloria en el cielo.















1001897059

